

WILFRED OWEN

Los tambores del tiempo



Los tambores del tiempo

COLECCIÓN
poesía

Wilfred Owen

Los tambores del tiempo

Traducción de Carles Llorach-Freixes
e Isabel Lacruz

Introducción de Carles Llorach-Freixes



Primera edición: febrero de 2016

© de la traducción y de la introducción: Carles Llorach-Freixes, 2016

© de la traducción: Isabel Lacruz, 2016

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2016

c/ Flamenco, 26 - 28231 Las Rozas (Madrid)

www.funambulista.net



Esta obra ha sido publicada con una subvención del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, para su préstamo público en Bibliotecas Públicas, de acuerdo con lo previsto en el artículo 37.2 de la Ley de Propiedad Intelectual

BIC: DCF

ISBN: 978-84-944443-5-7

Dep. Legal: M-5673-2016

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *Batalla del Somme*, 1916

Producción gráfica: Nilo Industria Grafica, S.A.

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

Los tambores del tiempo

POESÍA EN LAS TRINCHERAS DE LA GRAN GUERRA
(introducción)

EL 26 DE JUNIO DE 1917, después de seis meses en el frente, Wilfred Owen ingresó en el Hospital de Guerra Craiglockhart (cerca de Edimburgo) afectado de neurosis de guerra y, pasado otro año, regresó de nuevo al frente, cuando estaba perfectamente claro que podía haberlo evitado o, al menos, haber intentado evitarlo.

¿Por qué?

Estos apuntes tienen como finalidad indagar en los escritos de ficción, poéticos o autobiográficos de Owen, y de varios autores relacionados con él que vivieron y participaron en la Primera Guerra Mundial, y buscar en ellos los motivos por los cuales participaron libremente en ella y no se escabulleron (bien desertando, bien autolesionándose o por medio de influencias en la administración) ni se dejaron tentar por el suicidio antes que ir al frente. Me importa ver las actitudes

hacia la guerra de determinadas personas consideradas cultas y que pertenecían a la *intelligentsia* de su país y que por tanto eran los heraldos de la ideología imperante, pero que también podían permitirse el lujo de un pensamiento independiente y disfrutar de cierta inmunidad frente a la clase política y militar. ¿Esta supuesta independencia de pensamiento les hizo ver la auténtica naturaleza de las guerras y, en concreto, de la guerra en que estaban inmersos?

Entre estos intelectuales encontramos encendidos partidarios de la contienda, para servir los «ideales nacionales» o sencillamente por mera realización personal, como una especie de rito que transforma a los hombres corrientes en héroes o... cadáveres —como diría Thomas Gray en su *Elegía* (1751): «Los senderos de gloria no llevan más que a la tumba»—. Estos menosprecian toda especie de objeción u oposición al combate y descalifican a los partidarios de las soluciones pacíficas con epítetos como «traidores» o «cobardes». También hay los solidarios: para ellos la guerra es una simple trituradora de carne humana, pero prefieren convertirse en carne picada junto a sus compañeros de penas y horrores antes que cuidar la propia piel en un sálvese quien pueda y abandonar a los demás a su suerte. Hallamos a los clásicos objetores de conciencia, que se niegan a disparar contra desconocidos que no les han causado ningún daño, pero que no se sustraen a la contienda y ayudan en tareas humanitarias

a los combatientes, exponiéndose a situaciones tanto o más peligrosas que las de los soldados de primera línea, como es el caso de los camilleros. Los pacifistas también tienen su papel en el desarrollo de la tragedia: manifiestan su rechazo total a la guerra afirmando que tan solo se trata de una pelea entre políticos, entre capitalistas, y que, si tiene tanto apoyo popular, es porque la propaganda nacionalista ha sido aplastante y se han instigado los odios nacionales hasta el paroxismo o bien porque, simplemente, el sistema político del país no es una democracia, sino una dictadura militar camuflada de civilidad. Finalmente, un grupo minoritario piensa que el enfrentamiento es una consecuencia natural de la fase de desarrollo en que se encuentra el capitalismo, el imperialismo, y que la única manera de salir de ella, o de hacer que acabe, es la revolución, quitar el poder de las manos del capital y establecer una república socialista y solidaria; no hablan exactamente de pacifismo, sino más bien de convertir una guerra inútil en una insurrección contra los que la han provocado.

Nuestro protagonista se encuentra al principio entre los que comprenden la necesidad de la guerra frente a los invasores de Bélgica, pero es reticente a prestar su persona al ejército y a la matanza: llega a pensar que la vida de un poeta es demasiado valiosa para ser desperdiciada en un vulgar tiroteo. Sin embargo, la presión familiar y social lo empujan a alistarse voluntario, pero cuando el conflicto está ya

muy avanzado. Después del *shock* traumático que padece, se impone, empero, la obligación de asistir al frente por mera solidaridad con los soldados, de los que es su oficial, y con los compañeros oficiales que ha dejado en las trincheras soportando todo tipo de horror, sufriendo heridas, perdiendo a amigos y muriendo, mientras él disfrutaba de un largo periodo de convalecencia.

Wilfred Owen

Wilfred Owen es un producto clásico de su tiempo: nació en el seno de una familia de clase media-baja y recibió una educación profundamente religiosa, y después se alistó voluntario para participar en la Gran Guerra empujado por un sentimiento de solidaridad nacional.

Pero pasemos a explicar un poco más detalladamente de dónde arranca la vida que llevó a nuestro protagonista hasta aquí.

Owen nació el 18 de marzo de 1893 en Oswestry, Shropshire. El condado de Shropshire está situado en el extremo oeste de Inglaterra y limita con Gales. Actualmente se trata de una región escasamente poblada y estrictamente rural, pero en tiempos fue cuna de la Revolución industrial,

en especial por la proximidad de las minas de carbón de Gales. La capital, Shrewsbury, es la ciudad natal de Darwin. En la época del nacimiento de Wilfred Owen todavía se trataba de una región industrial y, en consecuencia, la familia debía conocer de cerca la situación social de la clase obrera y minera, con sus problemas, sus reivindicaciones, su punto de vista político. Y tenemos que imaginarnos que la proximidad de la clase baja no debía de ser del gusto de la familia Owen, que aspiraba a ascender en la escala social (a la madre le habría gustado que se hubieran podido dirigir a su hijo con el nombre de «sir» Wilfred Edward Salter-Owen).

Wilfred fue el primero de los cuatro hijos de Tom y Susan. La situación económica de la familia no era muy boyante porque el abuelo paterno había ido perdiendo su independencia económica hasta quedarse sin trabajo, y, cuando murió, se vieron obligados a trasladarse a Shrewsbury, donde el padre encontró trabajo como supervisor en el ferrocarril de la Región Occidental. Wilfred fue educado en el Birkenhead Institute y, después, a partir de los catorce años y hasta los dieciocho, en la Technical School, en Shrewsbury. La condición de la familia era tan delicada que tuvo que estudiar en el Institute como «alumno-maestro», es decir, que para poder cursar unas asignaturas tenía que impartir otras a otros alumnos menores. Wilfred no se sentía especialmente contento con su vida, pero fue en esta época cuando empezó

a interesarse por la poesía. Entonces sus principales modelos fueron Wordsworth, Tennyson y, sobre todo, Keats, y siempre que tenía la oportunidad realizaba peregrinaciones a los lugares donde habían vivido o donde habían dejado huella.

Son importantes estas referencias porque nos muestran hacia qué tipo de sensibilidad se inclinaba Wilfred. Según Burgess,¹ Keats «es “el sencillo, sensual y apasionado” poeta que destaca por encima de todo por su amor al mundo de los sentidos». Keats es el poeta romántico por excelencia, con todos los tópicos que se pueden aplicar a un poeta romántico: tuvo una infancia difícil, se vio obligado a ganarse la vida por su cuenta desde muy pronto, enfermó y murió joven, de tuberculosis, la misma enfermedad que había causado anteriormente la muerte de su madre y de uno de sus hermanos; fue a los veintiséis años en Roma (recordemos que el mismo Owen falleció a los veinticinco años). Posteriormente Owen se entusiasmó con la biografía que William Michael Rossetti escribió sobre Keats y quedó impresionado por la descripción de su muerte. Tal vez Owen se sintiera más atraído por el hecho de *ser* poeta que por la difícil tarea de *escribir* poesía. De sus poemas de esta época podríamos decir lo mismo que de los de Keats: «Modelos del aspecto puramente sensual del

1. BURGESS, Anthony: *English Literature: A survey for students*. Harlow: Longman, 1983, p. 172.

movimiento romántico. Sus temas son muy simples: la belleza en el arte y la naturaleza». ²

Wordsworth es otro de los poetas insignia del movimiento romántico inglés. Su vida representa más el romanticismo amoroso que no el trágico de Keats, y sus aportaciones en poesía son referentes a la forma: «La lengua de la poesía debería ser la lengua de los hombres corrientes», y «la naturaleza es la gran maestra y la principal fuente de felicidad». Pero quizá la innovación más radical sea que el poeta tiene que ser un profeta, un proclamador de la verdad. ³ Por otro lado, Tennyson, posterior a ellos, añade al romanticismo un punto de decadentismo, con sus fantasmas y cadáveres, pese a que moralmente es un estricto victoriano.

Sea como fuere, el Wilfred Owen anterior a su estancia en las trincheras es apenas un joven sensible que mantiene una correspondencia amorosamente filial y embarazosamente sincera (por la edad que tenía) con su madre, con quien estuvo unido de manera muy especial toda su vida. Wilfred cuenta (casi hasta donde ya no se puede contar) a su madre sus opiniones y sentimientos sobre temas que otro joven preferiría más compartir con sus compañeros o incluso con sus hermanos, y hará caso de las admoniciones y consejos de ella incluso más allá de la adolescencia.

2. BURGESS: p. 171.

3. BURGESS: p. 166.

Pero «el Wilfred adulto no puede ser comprendido como hombre y como poeta, a menos que recordemos sus experiencias de juventud en la religión evangélica». ⁴ El mero hecho de practicar una religión que no es la de la mayoría (en el Reino Unido, el anglicanismo) implica ya la existencia de un compromiso más firme con la fe, una obligación más directa con las actividades de culto, como las plegarias, las reuniones con la congregación; exige la lectura continuada de los libros sagrados, en este caso la Biblia, pero también de otros escritos religiosos como por ejemplo el fundamental *Pilgrim's Progress*. ⁵ Para los evangelistas el rezo es una práctica esencial en la vida de la religión, y oran muy a menudo, tanto individualmente como en familia, o en la comunidad. Por esto decimos que se trata de una religión basada en los textos, en la liturgia, en las palabras. En consecuencia, la influencia de la palabra religiosa en la poesía de Owen es insoslayable. Pero, además, el cristiano tenía que ser soldado de Cristo, pertenecía a un grupo de elegidos que tenía que conocer y pregonar la bondad del cristianismo. Owen está llamado

4. HIBBERD, Dominic: *Wilfred Owen: A new biography*. London: Orion, 2003, p. 27.

5. Su amigo Siegfried Sassoon tituló *Sherston's Progress* el tercer volumen de sus Memorias, donde narra su vuelta a los combates después de unos meses en el Hospital de Guerra Craiglockhart.

a ser poeta-profeta tanto por su educación como por sus inclinaciones literarias.

Después de finalizar sus estudios en la Technical School, Wilfred se vio ante el dilema de hacia dónde continuar su vida. Tenía ambiciones académicas, pero las cargas de la vida de un estudiante universitario eran demasiado pesadas económicamente para que su familia las pudiera soportar. Existía la posibilidad de continuar trabajando en la Technical School, pero entonces los estudios universitarios quedarían postergados, quizá para siempre. Siguió en aquellos momentos el consejo de su madre, quien siempre había querido que emprendiera la carrera eclesiástica, y se puso a trabajar de ayudante en una vicaría, en Dunsden, un villorrio de seiscientos habitantes. Allí trabajaría para el clérigo, ganaría algún dinero y, por añadidura, podría preparar su examen para solicitar una beca en la universidad. Pero fue en esta época, en el periodo en que más cerca estaba de la religión, cuando empezó a tener dudas sobre sus creencias, dudas que lo llevarían finalmente a descartar por completo, para disgusto de su madre, la carrera dentro de la Iglesia. Sin embargo, fue una época muy productiva para sus aficiones literarias: profundizó en sus amados románticos, pero especialmente conoció los poemas de Harold Monro (1879-1932), que abrieron su cerrada mentalidad de creyente a nuevas ideas y que afianzaron el camino que lo apartaba de la religión.

EL FINAL
[The End]

Cuando estalle el rayo procedente del Este,
 hayan crecido con fuerza las nubes bajas, el Trono del Carro;
cuando hayan doblado y luego cesado los tambores del tiempo
 y el Oeste de bronce haya tocado su larga retreta,
¿renacerá la vida en estos cuerpos? En verdad,
 ¿anulará todas las muertes, atajará todas las lágrimas?
¿O colmará de una nueva juventud esas venas vacías
 y lavaré la edad con un agua inmortal?

Cuando se lo pregunto al Señor del Tiempo, me responde
 [que no:
 «Mi cabeza cede bajo el peso la nieve.»
Y cuando presto oídos a la Madre Tierra, me dice:
 «Mi corazón ardiente, con el dolor se extingue.
 [Es la muerte.
Mis antiguas cicatrices no alcanzarán la gloria,
 y mis titánicas lágrimas, los mares, nada podrá enjugarlas».

1916-1917

(I. L.)

UN CALVARIO JUNTO AL ANCRE

[At a Calvary Near the Ancre]

Siempre hay un ahorcado en la encrucijada de los caminos
[bombardeados.

En esta guerra Él también perdió un brazo o una pierna,
pero Sus discípulos se esconden y se mantienen apartados;
y son ahora los Soldados quienes se compadecen de Él.

Por el Gólgota pasa algún que otro sacerdote:
sus rostros denotan el orgullo
de una carne marcada por la Bestia
que niega al Cristo bondadoso.

Mientras, los escribas impelen al pueblo,
vocean su lealtad al Estado;
pero los que aman con el más grande amor
entregan su vida, sin odio.

1917

(I. L.)

HIMNO PARA UNA JUVENTUD MALOGRADA
[Anthem for Doomed Youth]

¿Doblarán las campanas a muerto, para estos que caen
[como el ganado?
—Sólo el descomunal enojo de los cañones,
sólo el estampido solitario de los rifles tartamudos
podrá mascullar sus apresuradas oraciones.
No habrá para ellos remedos de oraciones ni campanadas.
Ningún canto fúnebre, salvo el del coro,
los coros locos y agudos de los sollozos de las granadas;
y los bugles reclamándolos desde tristes condados.

¿Qué cirios flanquearán su último viaje?
Ninguno, entre las manos de muchachos en cuyos ojos
brillará, sin embargo, la llama sagrada de las despedidas.
La pálida frente de las chicas será su mortaja;
sus flores, la ternura de unas almas pacientes,
y cada lento atardecer, postigos que se entornan.

Verano de 1917

(I. L.)